Emilia Pardo Bazán y la lengua catalana

Marisa Sotelo Vázquez

La relación de Emilia Pardo Bazán con la cultura catalana fue a lo largo de su trayectoria literaria muy intensa y fructífera. Arranca, en primer lugar, de su relación epistolar con el político y escritor Víctor Balaguer, director del periódico madrileño *La Mañana,* donde el 8 de mayo de 1880, apareció de la pluma de Ventura Ruiz Aguilera una elogiosa reseña a *Pascual López,* primera novela de la autora gallega. A partir de entonces Emilia Pardo entabla amistad con el político y periodista catalán, le pide que le envíe a La Coruña la mencionada reseña y le remite algunas de sus obras, en los primeros años de su carrera literaria. Por su parte, Víctor Balaguer le corresponde con sus *Tragedias* (1876-1879) y *Poesías* (1868), aunque es probable que de éste último le enviase la edición de 1874, que contenía, además del original, versión castellana de los poemas, pues la autora coruñesa lamenta no conocer suficientemente la lengua catalana a la vez que le comunica su propósito de escribir a Rubiò y Ors para que la oriente en su estudio a fin de poder leer en el futuro en versión original la poesía catalana y provenzal. (Díaz Larios, 1889; p. 207).

A este primer acercamiento le seguirá durante los años ochenta una intensa y fructífera relación epistolar con Narcís Oller y Josep Yxart, que culminará con el encuentro personal en París en 1886 y la visita a Barcelona en 1888 de la autora de *Los Pazos de Ulloa*, con motivo de la Exposición Universal. Visita entonces doña Emilia la ciudad y sus principales centros culturales acompañada por Oller e Yxart, asiste a la sesión correspondiente de los Juegos Florales del mencionado año, que marcan un hito institucional, pues al certamen asistieron la Reina Regente y el jefe del gobierno, Sagasta. Fue también el año en que en el mencionado acto cultural pronunció el discurso en lengua catalana Menéndez Pelayo. Bastarían una serie de referencias costumbristas de la correspondencia entre Oller y Pardo Bazán, así como la evocación titulada «La Exposición de Barcelona», en *Al pié de la torre Eiffel* (1889), o los comentarios sobre el prestigio de los artesanos y orfebres catalanes, que jalonan las diferentes crónicas de *Cuarenta días en la Exposición* (1900-1901), para dar una idea de la profunda admiración que la escritora coruñesa sentía por la parte de España

que consideraba indiscutiblemente más laboriosa, cosmopolita y europea, tal como escribe a la altura de 1900, en *La Ilustración Artística*, al reseñar *España Contemporánea*, libro de Rubén Darío, que recogía las crónicas enviadas por el nicaragüense a *La Nación* de Buenos Aires: «El poeta desembarca en Barcelona, y le envuelven las múltiples y raudas corrientes de opinión de la gran ciudad industrial. Ve a los anarquistas, a los obreros que en las horas de descanso hablan de la R.S., a los autonomistas, los francesistas, los separatistas, pero ve también el trabajo, la cultura, las chimeneas de las fábricas, los progresos admirables de la tipografía, el desarrollo de la voluntad, toda esa fuerza, ese vigor que, dígase lo que se quiera, han puesto a Cataluña a la cabeza de España y de las regiones españolas, haciendo de ella *nuestra única Europa*»(Pardo Bazán, 1901; p. 112).

Sin embargo, a pesar de la admiración por el ímpetu cultural, el desarrollo social de Cataluña y de las simpatías personales por sus escritores más notables: Yxart, Oller, Sardá, Matheu, Verdaguer y la vieja amistad con Víctor Balaguer, Emilia Pardo, sin llegar a la radicalidad de juicios de Clarín, Galdós o del periodista Luis Alfonso, director de *La Época,* en la cuestión del uso del catalán, puso siempre reparos y objeciones a su utilización como lengua literaria, por considerarlo un obstáculo para el amplio conocimiento y la divulgación de las obras, tanto en el mercado editorial nacional como hispanoamericano, en el que tantas esperanzas tenían puestas los autores españoles de la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, refiriéndose a *La Papallona,* en carta del 16-I-1883, escribe a su autor:

> Sólo me pesa de que la obra esté en catalán: y bien sabe Dios que no es egoísta este pesar, porque a excepción de algunos términos yo puedo gozarla; pero la inmensa mayoría de los españoles no está en este caso. Y es por cierto el catalán de V. un catalán que me parece rico y matizado aún después de leer la riquísima *Atlántida* de Verdaguer (Mayoral, 1989; p. 390).

La posición ideológica y crítica de doña Emilia frente al uso de la lengua catalana es en buena medida coincidente con su posición frente a su lengua nativa, el gallego, tal como se desprende del análisis de los trabajos y conferencias dedicados a la literatura regional gallega, publicados entre 1884 a 1887 en diferentes medios periodísticos regionales y nacionales y recogidos por la autora en el libro, *De mi tierra* (1888). De todos los trabajos allí contenidos, además de la conferencia titulada «La poesía regional gallega» (1885), dedicada a honrar la memoria de su paisana Rosalía de Castro, también aporta información sobre el uso de la lengua la reseña a «El Cancionero popular gallego» (1886) y, muy especialmente, el titulado

«¿Idioma o dialecto?», artículo probablemente escrito directamente para su publicación en libro, como síntesis reflexiva de las opiniones vertidas en los demás trabajos sobre la lengua gallega. En él doña Emilia, partiendo estrictamente de la significación lingüística del término dialecto, y desde un concepto puramente genético, afirma que el gallego «es un romance, igual en su nacimiento a los otros en que el latín se descompone atraído luego al estado de patuá por el mutismo de la literatura y la fuerza de las circunstancias históricas, y renaciente en las letras de la segunda mitad del XIX» (Pardo Bazán, 1888; p. 397). Todas las lenguas son por tanto a su vez dialectos de la lengua de la que proceden, pero en cierta medida la autora gallega supedita la aplicación del término lengua no sólo al uso popular sino, sobre todo, al uso literario y a las circunstancias sociopolíticas en que dicha lengua se desarrolla. De ahí que la lengua nacional es, a su juicio, «la que logra prevalecer e imponerse en una nación; y las demás que en ella se hablen, dialectos». Consideraciones aplicables por igual a cualquiera de las lenguas peninsulares, excepto el castellano. Para concluir, sin embargo, la argumentación con una certera observación que contiene el germen del distinto grado de desarrollo histórico que alcanzaría el catalán, escribe Emilia Pardo: «Hoy el gallego posee, como el catalán y el provenzal, una nueva literatura propia; pero a diferencia de estos romances meridionales, el gallego no lo hablan los que lo escriben» (Pardo Bazán, 1888; p. 362). Diferencia sustancial entre el uso de una y otra lengua, que justificará su desigual y también punto de arranque de posteriores reflexiones de la autora sobre la cultura catalana.

Las tesis defendidas por la autora coruñesa son en este como en tantos otros aspectos coherentes con su posicionamiento ideológico afín al nacionalismo español, desde postulados conservadores, tal como le confesará una vez más a su mejor interlocutor catalán, el novelista Narcís Oller, en carta fechada el 15-XI-1886, al comentarle la conferencia de Núñez de Arce, «Estado de las aspiraciones del regionalismo en Galicia, País Vasco y Cataluña», pronunciada el 8-II-1886, en el Ateneo de Madrid, en el seno de la polémica a propósito del regionalismo sustentada entre otros por el autor de *Gritos de combate,* Valentí Almirall y Mañé i Flaquer (Horst Hina, 1986). La condesa de Pardo Bazán se muestra acorde en el fondo con las ideas de Núñez de Arce, aunque dice no compartir ni la forma, ni el tono:

> Ya ve usted que mi españolismo se acentúa. Sí, yo soy poeta ante todo, y lo iría comprendiendo mejor si me viese cerca; pero no se ha de menester gran dosis de poesía para tener una mediana ración de orgullo y querer pertenecer a una gran Nación mejor que a un estadillo menesteroso... y que (no

> lo dude usted, amigo mío) andaría manejado por cuatro galopines, pues ustedes, los que valen, siempre se quedarían detrás de los mangoneadores. Eso si se salvaba del ignominioso yugo extranjero. Vade retro el regionalismo, Núñez de Arce no estuvo oportuno en la forma, ni revela estudio profundo ni detenido del asunto, ni acaso eligió bien el momento, ni quizás anduvo acorde consigo mismo, pues creo que ya llevaba hechas otras declaraciones contrarias a las actuales; pero yo que nací española rabiosa y que soy la única que en esta tierra no ha dado en la flor de llamarse «celta» o «sueva», estoy conforme, es ocioso decirlo, con el fondo de su discurso (Oller, 1962; p. 100).

Mas allá de los reparos formales y la discrepancia sobre la oportunidad del discurso de Núñez de Arce, la posición ideológica de Doña Emilia ante el regionalismo político resulta de una claridad meridiana. Desde los presupuestos de la filosofía de Taine, decisiva en la configuración de su pensamiento crítico, a los que habrá que añadir en los años finiseculares la lectura de los ensayos de psicología colectiva de Alfred Feuillée, la autora gallega postula y defiende en todos sus estudios la supremacía de la lengua nacional, el castellano, de la que había brotado y seguía brotando una rica y brillante literatura frente a las lenguas regionales y sus respectivas literaturas, que indudablemente habían tenido un desarrollo histórico desigual, discontinuo, con períodos brillantes, en el caso del gallego y el catalán en la Edad Media y períodos de mutismo, hasta la restauración decimonónica, resultado de una serie de factores constitutivos del Romanticismo, que había dado paso a la *Renaixença* en Cataluña y al *rexurdimento* en las letras gallegas. Porque doña Emilia, al definir el *status* de una lengua y diferenciar entre su ámbito nacional o regional, concedía una importancia capital no sólo al uso, sino sobre todo al hecho decisivo de que ésta fuera vehículo de expresión de una literatura capaz de limar, pulir y convertirse en verdadera savia que la hace brotar, crecer y desarrollarse.

En consecuencia, parece evidente que la posición de Emilia Pardo está muy cercana a la de los defensores del nacionalismo español y claramente enfrentada a los partidarios del regionalismo político, desde sus paisanos Murguía, autor de *El regionalismo en Galicia* (1889), a Alfredo Brañas con *El Regionalismo* editado en Barcelona también en 1889, cuyas ideas sintonizaban bien con las expuestas por Valentí Almirall en *Lo Catalanisme* (1886), expresión del pensamiento político catalanista y fundamento del movimiento nacionalista posterior. Sin embargo, a pesar de las semejanzas entre ambos movimientos, conviene subrayar diferencias sustanciales, derivadas no sólo de la idiosincrasia de ambos pueblos sino también de su diferente configuración social y desigual grado de desarrollo económico a

lo largo del siglo XIX. Ello explica que el regionalismo gallego fuese básicamente un sentimiento que no siempre encontró la formulación política efectiva y adecuada. En este contexto es en el que hay que situar tanto los trabajos de la autora sobre la lengua y la literatura regional gallegas como sus opiniones y juicios sobre la lengua y la literatura catalanas.

Dicho de otro modo: hablar de regionalismo en Emilia Pardo Bazán supone, desde el principio, deslindar perfectamente el terreno del regionalismo político, del regionalismo literario y estético. Ya que en el caso de la autora de *Los Pazos de Ulloa,* como acertó a definir el mejor crítico catalán del momento, Josep Yxart, el regionalismo fue fundamentalmente afectivo y sentimental, pues siempre receló del regionalismo político por encubrir gérmenes disgregadores. La propia autora en el prólogo a *De mi tierra* declaraba sin ambages cuál había sido el móvil que la había impulsado a tratar de la cultura de su tierra: «En las páginas que hoy salen a la luz resuena el acento apasionado y asoma el tierno interés que inspiran las cosas familiares, no el riguroso análisis crítico» (Pardo Bazán, 1888; p. VII). Para la autora coruñesa la literatura regional y con ella la lengua, en línea con el pensamiento tainiano, era esencialmente un intento de recuperar la memoria colectiva de todo un pueblo, aunque en el caso del gallego reduzca su valor al terreno estrictamente familiar o sentimental, supeditándolo a la superioridad indiscutible del castellano como lengua de cultura, que sin embargo se enriquecía con las peculiaridades idiomáticas galaicas. Pronosticaba así doña Emilia una especie de mestizaje lingüístico, fonético, que con el paso del tiempo iba a ser extraordinariamente fecundo en la obra del autor gallego más universal, don Ramón del Valle Inclán. Así en las palabras iniciales de «La poesía regional gallega», la conferencia pronunciada el día 2 de septiembre de 1885 en la Sociedad Liceo de Artesanos de la Coruña, dice:

> Y el dialecto, aun en países como el nuestro, donde las clases educadas ni lo hablan ni lo escriben, posee un dejo grato y fresquísimo, que impensadamente se nos sube a los labios cuando necesitamos balbucir una frase amante, arrullar a una criatura, lanzar un festivo epigrama, exhalar un *¡ay!* de pena; pues con ser hoy el castellano nuestro verdadero idioma, siempre sentimos la proximidad del dialecto, que lo ablanda con su calor de hogar, que modifica el acento y la pronunciación, que impone el giro, el modismo, el diminutivo; que, en suma, comunica perfume campesino y agreste al habla majestuosa de Castilla (Pardo Bazán, 1885; p. 8).

A la luz de las palabras de doña Emilia el uso del gallego aparece acotado en un determinado nivel sociocultural, quedando reservado al ambiente

doméstico y casi exclusivamente al medio rural y campesino. Sin embargo, es consciente de que esta situación no era común al catalán pues, a su juicio, era el único de los dialectos peninsulares que había conseguido traspasar los estrechos límites del mundo rural y contaba con un uso más difundido entre las restantes clases sociales, singularmente la burguesía urbana, a la que indudablemente debía su impulso y un desarrollo literario con marcado acento cosmopolita:

> De cuantos pueblos españoles aspiran a vestir de seda y oro su vieja habla, el que lo ha logrado cumplidamente es Cataluña, y pienso que el segundo lugar corresponde a nuestro antiguo reino de Galicia; advirtiendo que, acaso por nuestra posición geográfica o por su misma pequeñez, la literatura gallega conserva más carácter propio, y hasta el día se halla bastante exenta del influjo francés, tan poderoso en Cataluña y Portugal. (Pardo Bazán, 1885; p. 10).

Para un poco más adelante y en la misma conferencia puntualizar inteligentemente las causas del distinto grado de desarrollo y uso de ambas lenguas en sus respectivas comunidades, señalando como fundamentales las filológicas. Ya que en Galicia, por razones políticas diversas, el habla gallega se había quedado no sólo sin estrictamente una pujante literatura desde la época medieval hasta el romanticismo, sino que, entendiendo el uso culto de la lengua en un sentido más amplio, la escritora coruñesa lamenta que también haya dejado de ser lengua de la administración e incluso de uso conversacional o epistolar entre gentes de determinado rango social:

> También es cultivo literario para un idioma la conversación entre gentes instruidas, el comercio epistolar, la oratoria sagrada y profana, los instrumentos públicos; y en Galicia esto se hace en castellano (Pardo Bazán, 1885; p. 11).

Aunque aquí no es lugar para el análisis de todas estas circunstancias que afectaron al desarrollo de la lengua gallega, es imposible no citar determinados juicios de la autora ya que resultan extraordinariamente iluminadores para entender su posición frente al catalán, dado que la reflexión sobre la lengua de Verdaguer es en sus obras inseparable y, a menudo, brota en paralelo a la reflexión sobre su lengua nativa. Ello le permite contrastar en sucesivos momentos ambas culturas, para constatar, en más de una ocasión, con sana envidia, cómo en aquella Cataluña laboriosa y cosmopolita, por ella tan admirada, la situación era bien distinta:

> No [ocurre] así en Cataluña, donde todas las clases sociales, para todos los usos de la vida, se sirven del habla provincial; por eso allí un leve chispazazo bastó a encender la inmensa hoguera de la renaixença literaria, y el idioma, convenientemente elaborado, flexible y abundante, facilitó las empresas de sus cultivadores (Pardo Bazán, 1885; p. 12).

Pues la autora coruñesa era conocedora de hasta qué punto los objetivos globales de la *Renaixença,* recuperar la identidad catalana en todos los ámbitos culturales, estaban desarrollándose con éxito, precisamente gracias al fomento del cultivo de la lengua como expresión del carácter y la personalidad colectivas.

Más allá del amplio desarrollo social del catalán, la superioridad de su literatura sobre las restantes literaturas regionales radica, a juicio de la autora coruñesa, precisamente en la diversidad de géneros y en el número de sus cultivadores. Por ello, remontándose al inicio del renacimiento catalán, desde los célebres versos de Aribau: «*¡Adeusiau, turons!*»-que cita en versión original-, hasta su plenitud a finales del siglo XIX, señala con agudeza crítica: «Bástenos recordar que la literatura catalana comprende hoy todos los géneros, desde la tragedia al sainete, y desde la novela a la gacetilla; que cuenta con vates de pensamiento moderno muy exquisito y refinado, con novelistas dignos de ponerse al lado de los que más honran la prosa castellana *(entre los que la autora cita explícitamente a Oller),* y por último, que en Cataluña nació y en catalán escribe el solo poeta épico de vena robusta que hoy existe en la Península: mosén Jacinto Verdaguer, cuyo poema descriptivo la *Atlántida,* si no reúne condiciones de epopeya perfecta, es por lo menos singular y único en la literatura contemporánea» (Pardo Bazán, 1885 p.12). Mientras que, por contraste, durante la Restauración, entre 1874 a 1885, el renacimiento gallego sólo adquiere verdadera coherencia y calidad en la poesía, apenas en el teatro o en la novela, que dicho sea de paso, eran los géneros representativos del desarrollo literario en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo la novela, por ser la clase media el sujeto y el destinatario de la misma, tal como advirtiera Galdós en el manifiesto realista de 1870, «Observaciones sobre la novela contemporánea en España».

A esta indiscutible superioridad filológica, a juicio de la autora gallega, venían a sumarse otras fuerzas no estrictamente lingüísticas coadyuvantes en el esplendor de la *Renaixença*, como la facilidad con que las letras catalanas se difundían por Europa, singularmente por Francia, gracias a su proximidad no sólo física y geográfica sino también lingüística a la Provenza, lo que propiciaba una rápida difusión cultural: «En Provenza fue acogida

la literatura catalana como hermana menor amadísima que vuelve al hogar: la semejanza de la lengua de *oc* con el habla de Cataluña facilitó la comunicación incesante; y abiertas así las puertas de la crítica francesa, gran divulgadora de ideas y nombres, ya tuvo la literatura catalana paso franco por Europa, donde es tan conocida y admirada, al menos, como la de Castilla». Y, en última instancia, la superioridad industrial del Principado, que había posibilitado el nacimiento de un amplio abanico de publicaciones periódicas y de editoriales de reconocido prestigio, cuya belleza formal y tipográfica «permiten a Barcelona combatir enérgicamente el monopolio ejercido por Madrid sobre las provincias, emulando a las naciones más adelantadas en lujo y primor para vestir las obras del ingenio» (Pardo Bazán, 1885; p. 14). El elogioso juicio de Emilia Pardo se sustenta en su conocimiento personal del panorama editorial catalán, pues además de haber inaugurado –a propuesta de Yxart– la colección de «Novelistas españoles contemporáneos», en la editorial de Daniel Cortezo, con sus *Pazos de Ulloa* (1886), y su continuación *La Madre Naturaleza* (1887), ya antes, en 1885, había publicado en la misma editorial, «Biblioteca Arte y Letras», *La dama joven,* ilustrada por Obiols Delgado, y en 1889 aparece en la también editorial barcelonesa Henrich y Cía, *Morriña*, con bellas ilustraciones de Cabrinety. Ediciones sobre las que mantiene un abundante intercambio de opiniones con Yxart, a propósito del formato de los libros, la calidad del papel o el precio, así como la conveniencia de las ilustraciones, consideradas por ambos como importante acicate comercial (Torres, 1977).

En el campo de la prensa periódica doña Emilia colaboró desde 1879 hasta 1916, con artículos de crítica literaria, costumbristas, relatos o cuentos, en un buen número de revistas y publicaciones barcelonesas de muy diversa significación, tales como: *La Niñez* (1879); la prestigiosa aunque efímera publicación dirigida por Yxart, *Arte y Letras* (1883); *La Ilustración Ibérica* (1883-1891); *El Museo Popular* (1886); *Los dos Mundos* (1889); *La Ilustración Moderna* (1892-3); *Barcelona Cómica* (1896); *El Gato Negro* (1898), *Pluma y Lápiz* (1900-3); *Por esos mundos* (1907 y 1914); *El Diluvio, La Semana* (1916); *La Ilustración Española y Americana* (1908-1915); y de manera especialmente significativa, por la extraordinaria cantidad de artículos de carácter misceláneo, en *La Ilustración Artística,* entre 1886 y 1916, desde su sección habitual «La vida contemporánea». Lo que hizo de ella la escritora en lengua castellana de origen no catalán con mayor presencia en las publicaciones barcelonesas desde el último tercio del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

No obstante, como no se puede perder de vista que la mayor parte de las reflexiones públicas sobre la lengua catalana pertenecen al espléndido texto

de la conferencia dictada en el Ateneo coruñés en 1885, por tanto en un contexto regional, y ante la necesidad de argumentar con hechos para convencer a sus paisanos de las diferencias entre el renacimiento gallego y catalán, doña Emilia procede a cotejar también la significación e importancia que la institución de los *Jocs florals,* restaurada con su carácter tradicional y su sentido histórico había tenido en la *Renaixença.* Subrayando el valor estratégico de dicha institución, que había sido a la vez poderosa palanca de lanzamiento cultural, escuela de aprendizaje lingüístico-literario y verdadero olimpo para los poetas que habían disputado el diploma de *maestros en gay saber.* Mientras, por el contrario, lamenta que los primeros Juegos Florales, organizados en Galicia por Añón en 1862, contemplados como aurora esperanzada del renacimiento cultural galaico, se habían extinguido sin dejar prácticamente huella.

No será esta la única vez que doña Emilia lamente el desarrollo inferior de su cultura y se pronuncie admirativamente no sólo sobre el crecimiento cultural de Cataluña y sus instituciones o de, manera más amplia, sobre el grado de progreso cultural y social alcanzado por la sociedad catalana, ya en 1901, en un discurso mucho más político que literario, leído en los Juegos Florales de Orense, evoca de nuevo la importancia decisiva que tuvo dicha institución en el panorama cultural, aunque disienta de su derivación hacia el regionalismo político: «Tuvieron en España los Juegos Florales, desde su restauración en Cataluña, a mediados del pasado siglo, la circunstancia de ser un fenómeno centrífugo, que llamaba hacia el cuerpo la savia literaria condensada en la cabeza. Aun hoy, cuando la corriente que los trajo ha pasado de la esfera literaria a la política» (Pardo Bazán, 1901). Pero es de nuevo la correspondencia con los intelectuales catalanes más señeros la que aporta abundante información sobre estos aspectos, pues como se ha indicado anteriormente, en 1879-80, en el epistolario con Víctor Balaguer reconoce en varias ocasiones el valor de la cultura catalana, a la que años más tarde ella aportaría una pequeña contribución con la traducción del poema «Anyorament» de *Lo gaiter del Llobregat* (1841), de Rubió i Ors, en la edición prologada por Menéndez Pelayo para la políglota de Barcelona (1889). Traducción que resulta reveladora del interés de doña Emilia por la poesía catalana, a la par que evidencia el conocimiento de un libro fundamental en el panorama de la *Renaixença,* pues el prólogo de Rubió a la mencionada recopilación de poemas, publicados inicialmente en el *Diario de Barcelona* (1839-1840), se considera uno de los primeros textos programáticos de la *Renaixença* literaria, por su defensa de la lengua y la literatura propia, que necesariamente debía desembocar en la restauración de los Juegos Florales y en la recuperación del *status* de literatura culta.

De manera más intensa y continuada, aunque en tono marcadamente confidencial, Doña Emilia toma el pulso a la cultura catalana en la abundante correspondencia con Narcís Oller a lo largo de la década de los años ochenta, años indudablemente decisivos tanto en la carrera narrativa y crítica de la autora coruñesa como del novelista catalán, coincidentes con la evolución y desarrollo de la estética naturalista en España. Las reflexiones y juicios teóricos sobre la lengua que habían vertebrado sus diferentes trabajos sobre el regionalismo encuentran su contrapunto práctico en la crítica que podríamos llamar privada o confidencial del epistolario con el novelista catalán. El primer juicio de los que jalonan la atención con que doña Emilia siguió la trayectoria narrativa de Narcís Oller data de 1883 y allí, siguiendo muy de cerca dictados tainianos al parangonar conceptos como raza y lengua como signos distintivos de la cultura de un pueblo, escribe:

> Siento haber ofendido la majestad del idioma catalán llamándole dialecto. Estas cuestiones filológicas me son muy conocidas porque aquí en Galicia tenemos también una escuela que reclama para el gallego los honores de idioma y afirma que el verdadero dialecto es el castellano –figúrese V.–. Yo creo que en el sentido general y vulgar de la frase, *dialecto* es todo lenguaje usado por un pueblo que no forma nación. –Rigurosamente, dialecto es un lenguaje que tiene origen común con otros; y en este sentido, el catalán y el provenzal, aunque *dialectos* ambos del latín son tan *idiomas* como el toscano, vg. y el francés–. Vana lucha, sin embargo, la de los idiomas parciales con el total. Aquí hemos visto su esterilidad. En el país de Macías todo el mundo habla, o procura hablar, castellano; y en el país de Ausias March la prosa castellana se cotiza tan alto como la indígena. Sentiré herir con estos juicios su legítimo orgullo de raza, que comprendo y disculpo. Mas no puedo desconocer que V. mismo gozaría de mayor renombre si escribiese en el idioma nacional. La dificultad de leer catalán hace que su preciosa *Papallona* ya no se lea todo lo que debiera leerse. (Mayoral, 1989; p. 400).

El concepto de dialecto esbozado en este fragmento epistolar resulta del todo coincidente con las tesis que doña Emilia había expuesto en público por las mismas fechas, en diferentes trabajos teóricos sobre el regionalismo tanto literario como político, ya citados. Y en cuanto a las objeciones lingüísticas a las obras de Oller, se repetirán con variaciones en las sucesivas cartas, que la autora intercambiará con el novelista catalán. Así con motivo de la traducción de la mencionada novela de Oller al francés por parte de Albert Savine, con elogioso prólogo de Emile Zola, vuelve indirectamente sobre el problema lingüístico, al señalar que será paradójica-

mente a través de la traducción francesa que más de un español decidirá por fin «enterarse de *quien es Oller*». La publicación a principios de 1884 de *L'escanyapobres*, premiada en los Juegos Florales del mismo año, es de nuevo motivo de comentario para doña Emilia. Así, tras felicitar a su autor por haber trazado un estudio «sobrio, enérgico, muy bueno», ya en la posdata de la carta y de manera interpuesta, pues pone el juicio en boca de su padre, escribe: «Tengo también que añadir que mi padre, después de leer su preciosa novelita de usted me dijo: –Mujer, por Dios, escríbele a ese amigo catalán que ponga la novela *en cristiano*, que tendrá un éxito grandísimo; está divinamente hecha, sin perdonar detalle y representa cantidad de talento para tres novelas de las que se publican y aplauden en castellano. Yo trasmito» (Oller, 1962; p. 73).

La correspondencia ininterrumpida y fecunda en opiniones y juicios literarios vuelve a recalar en sucesivas ocasiones en la cuestión lingüística, pues la autora gallega, a quien Yxart, director literario de la barcelonesa editorial Cortezo, había recomendado pusiera como pórtico a su novela *Los Pazos de Ulloa*, unos «Apuntes Autobiográficos», donde explicase su formación como novelista, respetaba y comprendía, aunque no compartía que Oller, pudiendo escribir en castellano, redactara sus novelas en catalán, lengua familiar y en la que se había educado, pues lo seguía considerando un obstáculo para la difusión de las novelas. Creo que sólo hay un momento en el epistolario entre ambos autores en que doña Emilia, sin soslayar el asunto, no hace de la lengua en que está escrita la novela cuestión fundamental: se trata de gestación de *La febre d'or,* y quizás fuese porque por primera vez el asunto de la obra era más cosmopolita, más urbano, con semejanzas temáticas evidentes a *L'argent* de Zola, por lo que la autora, buena conocedora de la trayectoria del novelista catalán, le anima a que termine la obra y la publique con estas significativas palabras: «Ánimo y a ello, amigo mío; usted va dejando ya de ser un novelista catalán y se le tiene a usted en el concepto que merece; no pierda usted estos hermosos años de vigor cerebral» (Oller, 1962; p. 100), lo que equivalía a reconocer que con la última novela Oller había conseguido, a pesar de la lengua, traspasar los límites de la novela regionalista, para convertirse en un gran novelista comparable a los grandes autores españoles o franceses de la corriente realista decimonónica.

El epistolario se convierte a menudo también en una fuente de noticias de indudable valor sobre otros aspectos ancilares de la cultura y la vida cotidiana en Cataluña que no es posible desarrollar aquí. Sólo mencionaré a vuelapluma la importancia y el valor que doña Emilia concede a las opiniones de la crítica catalana, practicada entonces con indiscutible talento

por Yxart y Sardá, en los que la autora coruñesa reconoce no sólo formación y buen gusto sino la capacidad de expresar en su lengua los más sutiles conceptos de crítica y estética, nueva prueba del fecundo desarrollo y la flexibilidad alcanzada por la lengua catalana. La correspondencia con Yxart es espejo del respeto que doña Emilia tenía por las opiniones del crítico catalán, al que compara por su talento, sensibilidad y agudeza con Larra, y al que en más de una ocasión le pide juicio no sólo privado sino público sobre *De mi tierra, Insolación o Morriña,* así como le anima a que colabore en la prestigiosa revista de Lázaro Galdeano, *La España Moderna.* También en el género poético el epistolario de Oller refleja en sucesivas ocasiones la conmoción que siente la autora gallega leyendo a Verdaguer, no sólo al poeta épico de *La Atlántida* sino también al poeta lírico y religioso de los sublimes *Idilis* o de sus cantos místicos, así como el interés y la curiosidad que en ella despierta la lectura de *El Reliquari* de Matheu. Por último, de la lectura atenta del epistolario se desprende el respeto y la profunda admiración de Emilia Pardo hacia Milá y Fontanals así como hacia Rubió y Ors, ambos profesores de la Universidad de Barcelona, con los que aspira a mantener contacto e intercambio cultural, tal como le comenta a Oller, a quien le incita a tomar la iniciativa para fundar una sociedad de *Folk-lore* «secundado por Milá, Verdaguer, Ixart y tanto bueno como hay». Este interés por el folklore estaba estrechamente ligado al hecho de que ella misma había fundado la Sociedad de Folklore Gallego y había colaborado en la *Biblioteca de las tradiciones populares*, que bajo la dirección de don Antonio Machado Álvarez, publicará once volúmenes. El trabajo de nuestra autora había aparecido en el tomo IV, correspondiente a 1884.

En conclusión, del forzosamente sintético y rápido muestreo de juicios sobre la lengua catalana y de las opiniones sobre la producción cultural de Cataluña, se desprende en primer lugar que la autora coruñesa respetaba pero no era partidaria de la utilización del catalán como lengua literaria, teniendo la posibilidad, como ella defendía, de utilizar el castellano, que era a su juicio la lengua más rica, flexible y generosa de las neolatinas que se hablaban en la península, además de por otras razones de orden sociológico e incluso comercial, pues insiste siempre en la necesidad de hacer llegar las obras al mayor número de lectores posibles. En segundo lugar, conviene también señalar que, a pesar de las escasas simpatías que sentía hacia el regionalismo político, pues a su juicio siempre encubría gérmenes de separatismo, no duda en reconocer la superioridad de la *Renaixença* catalana, así como la valía de sus autores más representativos, con los que mantuvo siempre una extraordinaria relación de respeto, amistad, fecundo intercam-

bio cultural y lúcido diálogo sobre las letras peninsulares y europeas. También de algunos de los textos mencionados se deduce una admiración profunda por el cosmopolitismo y europeísmo de la ciudad de Barcelona, así como la belleza de sus alrededores, la Abadía de Pedralbes, la ascensión a Vallvidrera, el paseo de Arenys de Mar, el camino serpenteante hacia el Cau Ferrat de Sitges y Vilanova y Geltrú, la mágica perspectiva desde Montserrat, de los que dejó páginas extraordinarias, como las contenidas en *Al pié de la torre Eiffel,* en su evocación desde la Exposición de París, donde escribe: «Y Barcelona misma. Esta ciudad es la más hermosa de España, y sin duda el día que consiga extenderse del Llobregat al Besós, podrá competir con las mejores de Europa y América. ¿En qué ciudad de mi patria podía celebrarse una Exposición Universal? Seamos francos: calle Madrid; ríndase Bilbao; en ninguna. Ella es la única donde el espíritu comercial y cierto simpático cosmopolitismo hicieron posible esta solemnidad moderna» (Pardo Bazán, 1889; p. 69). Palabras que ilustran perfectamente el entusiasmo de la autora gallega, quien desde ideas conservadoras, desde su amor a la tradición y su irrenunciable españolismo, «los años pasan y en vez de gastarla endurecen y descubren en mí la veta española» –escribe a Yxart a la altura de 1890–, supo apercibirse con agudeza del espíritu nuevo que animaba todos los ámbitos de la cultura y la vida de Cataluña en el siglo XIX.

Bibliografía

DÍAZ LARIOS, Luis: «Víctor Balaguer/Emilia Pardo Bazán: páginas inéditas», *Anales de Literatura Española,* n. 6; Universidad de Alicante, Alicante, 1989; pp. 204-213.

HORST, Hina: «Regionalismo. ¿Amenaza a la unidad nacional o camino de regeneración? La polémica entre Núñez de Arce, Almirall y Mañé y Flaquer», *Castilla y Cataluña en el debate cultural, 1714-1939.* Barcelona, Península, 1986.

MAYORAL, Marina: «Cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a Narcís Oller». *Homenaje a Antonio Gallego Morell.* Granada, Universidad de Granada, 1989; pp. 389-410.

PARDO BAZÁN, Emilia: «La poesía regional gallega» (2- IX-1885), en *De mi tierra,* La Coruña, Tipográfica de la Casa de Misericordia, 1888; pp. 3-47.

–: «¿Idioma o dialecto?» en *De mi tierra,* La Coruña, Tipográfica de la Casa de Misericordia, 1888; pp. 351-362.

–: *Al pie de la torre Eiffel.* Madrid, Administración s/a. (1889).
–: «Un libro de Rubén Darío sobre España», *La Ilustración Artística,* (1-IV-1901), en *La vida contemporánea (1896-1915).* Ed. de C. Bravo Villasante. Madrid, Novelas y Cuentos, 1972.
–: «Discurso leído en los Juegos Florales de Orense» (7-VI-1901). Madrid, s/a.
OLLER, Narcís: *Memòries literàries dels meus llibres* (próleg de Gaziel), Barcelona, Aedos, 1962.
TORRES, David: «Veinte cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a José Yxart», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* LII, 1977; pp. 383-409.